

China, ¿un nuevo poder equilibrador en el Índico?

Gorka Zamarreño Aramendia

Universidad de Málaga

Viejas geografías, nuevos retos

El mapa del Índico es una geografía con nombres evocadores de mares que durante toda la historia han supuesto un espacio de intercambio comercial, de ideas. Un océano que alberga el mar Rojo, el mar Arábigo, la bahía de Bengala, el mar de Java y el mar de China Meridional.

De este modo, durante siglos los sistemas comerciales de indios, chinos, árabes y persas se han entrecruzado y convivido convirtiéndolo en un océano global. Aunque la cartografía tradicional separa al océano Indico en dos mitades en los mapas globales, es importante tener en cuenta que aquí yace el completo arco de influencia del islam. En sus estados ribereños se concentra los grupos terroristas: Somalia, Yemen, Arabia Saudí, Irak, Irán y Pakistán constituyen interconexiones de Al Qaeda, así como de otros grupos dispuestos a sembrar el terror global.

En la actualidad, el Índico acumula la mitad del tráfico mundial de contenedores de carga así como el importante flujo del tan necesario petróleo, lo que convierte a este océano en el centro interestatal más importante del planeta. La importancia de estas rutas de abastecimiento es tal, que India está aumentando sus necesidades de petróleo debido a la demanda de la clase media por lo que antes de 2025 se habrá convertido en el tercer mayor importador por detrás de Estados Unidos y China.

De este modo, el océano Índico necesita de una constante estabilidad estratégica ya que posiblemente es el que lugar donde más armamento nuclear se concentra de los siete mares. Aquí navegan las potencias nucleares de EEUU, Gran Bretaña, Francia, Rusia, China, India, Pakistán e Israel. Estados Unidos, a pesar de sus continuos recortes en defensa, reconoce que va a tener ahora una mayor presencia en el Índico, entre otras cosas debido a los conflictos de Irak y Afganistán.

Entre tanto, China trata de escapar del estrecho de Malaca importante cuello de botella geográfico y estratégico si quiere crecer verticalmente. Para ello debe usar los puertos indios de carretera y oleoductos que recorren el subcontinente indio. Esta estrategia es conocida como el "Collar de Perlas". Desarrollar este concepto incluye la construcción de un puerto en el mar Arábigo, además de otro puerto en Pakistán, así como el establecimiento de bases navales en países ribereños del Índico. Por su parte India tampoco permanece estática y ha hallado en Irán una base estratégica contra su tradicional enemigo, Pakistán así como un aliado en sus necesidades energéticas. En 2005 ambos países firmaron un contrato billonario en el que Irán suministrará a India 7.5 millones de toneladas de gas natural. También India une lazos con Birmania, ya que si no esta acabará como aliada de la India.

El interés por el Índico de China es paralelo al de la eclosión del Islam. Mientras que el mundo musulmán tiene sus inicios en el años 622, la dinastía Tang se fundaría en el 618, El régimen tang reforzó la burocracia, trajo un sólido gobierno central a China y se lanzó a un agresivo desarrollo de vínculos comerciales marítimos con el océano Índico. Hasta la llegada del islam, los mercaderes chinos habían comerciado sin problemas con indios, hindúes y budistas; después, bajo la tutela de dinastía Tang, empezaron a sentirse más cómodos con los musulmanes indios, árabes y persas (Risso: 1995 p. 23-24). Así se inició un modelo de intensas relaciones comerciales entre diversas dinastías musulmanas medievales y la dinastía Tang y sus sucesoras, la Song y la Yuan;

modelo que se prolongaría hasta que China se replegase sobre sí misma. De ese letargo no despertaría hasta que Inglaterra estableció su dominio en China después de las guerras del opio y las demás potencias reaccionaron de manera que se mantuvo el de facto hegemonía, pero no por ello dejaron de manifestar sus deseos de ganar un lugar preponderante en el mercado chino. Japón ascenso a finales del siglo XIX, merece una atención especial. La guerra de 1894-1895 y posteriormente la guerra contra Rusia de 1904-1905, en ambas vencedores, mostraron, por una parte, el debilitamiento del Imperio chino en la primera guerra como producto de la explotación masiva de los poderes occidentales, a los que se unía el nuevo poder japonés, que había sido impulsado en este papel a partir de 1854 en su apertura firmada en el tratado de Kanagawa con los estadounidenses, quienes deseaban tenerlo de aliado en su política de penetración en China. La derrota de China frente a Japón significó un fuerte trauma para la dinastía Qing. Como producto de esta humillación, China emprendería un ciclo de reformas que alumbrarían el ocaso del imperio milenario en 1912.

La visión estratégica de los EE.UU.

Estados Unidos eran un poder que, a diferencia de los europeos, con la excepción de España, utilizaba el mar del Pacífico como el nuevo territorio por disputar. En esta línea de pensamiento estratégico, Japón, las islas de Hawai y el territorio de California, entonces todavía perteneciente a México, pasarían a ser territorios de primera magnitud en su política de penetración al mercado chino. A lo largo del siglo XIX, la Armada y los Marines de Estados Unidos se habían convertido en el instrumento, citando al secretario de Estado de Abraham Lincoln, William Henry Seward, un “imperio de los mares” (Boot: 2002 p.55). Construido sobre el comercio y la influencia, mucho más que sobre la ocupación directa, siguiendo el modelo de las talasocracias cretenses y venecianas.

En 1887, la Marina norteamericana consiguió el acceso exclusivo a Pearl Harbour tras a integración económica de Hawai en Estados Unidos de la posguerra civil. También realizó incursiones en China y en diversas islas, desde Sumatra a las Marquesas. Estados Unidos abrió Japón al comercio norteamericano, adquirió Alaska y exploró y reclamó el archipiélago de Midway. Tras una prolongada serie de escaramuzas marítimas y negociaciones adquiriría la isla de Samoa (Boot: 2002 caps. 2 y 3). A finales del siglo XIX el turno le había tocado a los restos del Imperio español en el Pacífico. El alba del 1 de mayo de 1898, cuando los nueve buques del comodoro George Dewey, tras superar la isla de Corregidor por delante de la península de Batán al amparo de la oscuridad, penetraron en la bahía de Manila y destruyeron la flotilla española allí fondeada. La incursión producida al albur de lo que había sucedido en el Caribe, donde la represión sobre los independentistas cubanos, condujeron al presidente McKinley –a instancias de la visión expansionista de su subsecretario de la Marina Theodore Roosevelt- a declarar la guerra a España y sus posesiones ultramar.

La invasión de Filipinas supondría la primera ocasión en la que Estados Unidos se habían propuesto deliberadamente la conquista de un gran territorio en el extranjero con el fin de ocuparlo. Esto no volvería a producirse hasta un siglo después hasta la invasión de Irak. Sin embargo, el primer conflicto estadounidense de importancia fuera de los límites continentales degeneró con el paso de unos meses en una pesadilla militar, además de un trauma nacional tal como no volvería a experimentarse hasta Vietnam (Karnow: 1989). La guerra de Filipinas fue una experiencia sangrienta y desengañadora de tal modo que ni la opinión pública ni los medios estadounidenses pudieron soportar. Lamentablemente para los norteamericanos, las penosas lecciones obtenidas en Filipinas quedaron soslayadas u olvidadas por el mismo estamento militar que más tarde tendría que combatir en el sureste asiático (Welch: 1979 pp. 133-147).

En la guerra contra Rusia, Japón fue apoyado por los ingleses, quienes temían mucho más a la expansión rusa. La Primera Guerra Mundial generó una especie de vacío en China, ya que la guerra se desarrollaba principalmente en territorio europeo, que Japón pudo aprovechar al convertirse en un socio comercial de primera magnitud de China y penetrar en la zonas alemanas después de 1918, principalmente en la provincia de Shandong, que fue considerada su zona de influencia. A partir del Tratado de Versalles de 1919, la expansión de Japón sería foco de atención

de los poderes occidentales. La crisis mundial de 1929 fue un nuevo acicate para renovar su expansionismo, que cristalizó con la invasión a Manchuria en 1931 y el posterior avance en el nordeste chino. La Guerra del Pacífico que finalizó con la derrota de Japón sirvió para establecer la supremacía de los Estados Unidos en esta región.

La crisis de 1929 y la posterior puesta en marcha de las acciones a solucionarla, hicieron que Estados Unidos implementara una serie de políticas económicas para contener el expansionismo japonés, pero en realidad se facilitó las condiciones para profundizar su expansión en China y en el sudeste de Asia. Hay que recordar que el expansionismo japonés se hacía a costa principalmente de la merma del poder colonial británico, y en menor medida del holandés, asentados fuertemente en toda esta región.

En cuanto a política del presidente Roosevelt, esta consistía en lograr una China unida bajo el comando del Kuomintang (KMT). Esta era la estrategia estadounidense originalmente diseñada para asumir el dominio económico en Asia, contener a los movimientos revolucionarios y servir como barrera también a la expansión soviética en la región.

Los Estados Unidos apoyaron con ingentes cantidades de dinero al KMT, primero para resistir a Japón, y luego para subvertir el creciente poder comunista. En noviembre de 1943, Roosevelt incluyó formalmente a China dentro de las grandes potencias firmantes de la declaración de Moscú, en ese mismo año, Chiang Kai-shek fue invitado por los estadounidenses a la cumbre del Cairo con el propósito de que China sustituyera a Japón como la poder equilibrador en Asia.

Los Estados Unidos desempeñaron, no obstante, un papel de intermediación entre comunistas y nacionalistas. Desde 1944, una misión estadounidense visitó a los comunistas en Yanan y más tarde propusieron mediar para obtener un acuerdo entre las dos fuerzas. Mao propuso el gobierno de coalición con el KMT, pero este reafirmó su deseo de que los comunistas se desarmaran y entregaran las zonas bajo su control a los nacionalistas. Había desacuerdos fundamentales, y la famosa conferencia de Chongqing, en 1946, fracasó por estas razones, dando lugar a la última y definitiva guerra civil. La ayuda estadounidense al KMT había continuado y continuaría hasta prácticamente el fin de esta guerra civil, lo que sería a la postre uno de los factores de la ruptura entre Mao y Estados Unidos, que reconocería a Taiwán como el gobierno de la República de China una vez que los nacionalistas emigraron hacia esta isla. De esta manera, los puntos de fricción entre la China comunista y el gobierno estadounidense en la etapa de la Guerra Fría estaban servidos. Japón, que había sido el enemigo militar de los Estados Unidos, volvió a resurgir como resultado de este gigantesco cambio histórico. La famosa política de los Estados Unidos de dar marcha atrás a toda una serie de medidas muy fuertes para dismantelar el poderío económico japonés, en 1948, fue un indicio de lo que vendría después, es decir, la consolidación de Japón como su aliado fundamental en la contención de los movimientos comunistas en la región, incluyendo el del mismo Japón. Un aspecto que me interesaría resaltar de esta época, y que tiene relevancia actual, consistió en el hecho de que, para el gobierno estadounidense, la economía japonesa era altamente dependiente de la economía china y, según se pensaba, se le deberían crear condiciones especiales para romper esta dependencia.

Bajo estos preceptos se llevo a cabo la exitosa reconstrucción de Japón y serán estos principios los que nos ayuden a comprender las relaciones con Asia que tuvieron des de entonces su centro en Japón. China quedaría, por su parte, prácticamente desconectada de la economía mundial, y su estrategia política giraría en torno a la promoción ideológica de los movimientos socialistas en las regiones del Tercer Mundo.

Entre 1945 y 1980, la hegemonía de los Estados Unidos fue prácticamente plena en el Este y sudeste de Asia, basada en los tratados militares esparcidos por la región y en el apoyo económico otorgado a países como Corea y Taiwán, bajo el paraguas de la Guerra Fría y la confrontación con la URSS. Destacan, por supuesto, la derrota sufrida por el ejército de los Estados Unidos en Vietnam, que abrió las puertas para la normalización de relaciones con China a partir de 1972. Por otro lado, el desarrollo económico de Japón fue espectacular en la posguerra y ya a partir del año 1968 se convertiría en la segunda potencia económica mundial, solo detrás de los Estados Unidos. En el año 2010, Japón perdió este segundo lugar al ser superado por la economía china, que ha pasado a ser la nueva potencia económica de Asia.

El que Japón se hubiera convertido en una superpotencia económica modificó a su vez la estrategia de los Estados Unidos hacia Asia; en especial, las pérdidas en comercio a manos de los eficaces productores japoneses fueron motivo de preocupación en Washington y dieron lugar a lo que podríamos llamar la «política de contención del poderío japonés», especialmente después de que la crisis económica mundial provocada por el aumento de los precios de petróleo en la década de 1970 afectara mucho más seriamente a la economía de los Estados Unidos y a Europa que a Japón. Esta política de contención del poder de Japón nos puede brindar ahora una lección importante sobre el caso contemporáneo de la política de los Estados Unidos hacia China, con los mismos propósitos aunque con diferentes resultados como veremos. Las presiones comerciales de los Estados Unidos en forma de medidas proteccionistas contra Japón en la década de 1980, crearon gran parte del estímulo para las inversiones japonesas en toda Asia principalmente, dando lugar a una serie de plataformas exportadoras en la región y, con ello, evitaron que este país siguiera aumentando sus exportaciones directas al mercado estadounidense.

El abrupto final de la URSS supuso la desaparición del equilibrio bipolar imperante hasta el momento que había dibujado el mapa estratégico global. Estados Unidos se erigieron como el único poder indiscutible, pero no hegemónico; por lo que desde ese momento será contestado por una serie de potencias, entre las que destaca, por su peso demográfico y económico: China.

La gran crisis deflacionaria de Japón de la década de 1990, y en general la crisis financiera de Asia que estalló en el año 1997, representa un punto de inflexión de la historia reciente de Asia, ya que la economía de China no solo pudo atravesar sin graves problemas los peligros que encerraba esta crisis, sino que saldría fortalecida experimentando uno de los periodos de mayor crecimiento económico. La amenaza que hasta ese momento había supuesto Japón se desvanecería y daría paso a la inquietud por el despegue de China, que desde entonces se ha convertido en la pieza central de la estrategia de los estadounidenses en Asia.

Relaciones comerciales

Las relaciones comerciales estadounidenses con el lejano oriente han transitado por una serie de fases que a la postre han generado un fuerte déficit de cuenta corriente en la economía norteamericana. Recién finalizada la Guerra Fría y en un contexto de reconfiguración de los poderes internacionales, en 1988 el Congreso además aprobó la *Omnibus Trade and Competitiveness Act*, que concedía al gobierno la posibilidad de poner en práctica acciones unilaterales en materia comercial. Esta ley preparó el terreno para una mayor intervención del gobierno de los Estados Unidos en materia comercial y reafirmó la tendencia hacia la búsqueda de acuerdos bilaterales. Así, en 1989, Estados Unidos y Canadá establecieron un acuerdo de libre comercio y posteriormente se iniciarían negociaciones con México para lo que sería el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que entraría en acción en 1994. Es importante anotar el hecho de que los Estados Unidos habían esbozado la posibilidad de realizar acuerdos comerciales con Corea del Sur y con Taiwán, que al final fueron desechados por los lazos que estas economías tenían con la economía japonesa. El TLCAN no solo sería un instrumento económico de gran importancia, sino también, por conducto de este tratado, los Estados Unidos estarían seguros de que México estaría de su parte en la nueva navegación global en mares convulsos e inciertos.

Al iniciar este siglo XXI, los Estados Unidos han intentado un diferente enfoque hacia el regionalismo asiático con la estrategia de buscar acuerdos comerciales bilaterales. El gobierno pudo entonces contar con un arma institucional llamada *Trade Promotion Authority*. El balance hasta ahora es pobre, pues solo se han firmado acuerdos de este tipo con Australia (2005), Singapur (2004) y Corea del Sur (2012).

En el 2006 apoyaron la idea de crear una zona de libre comercio en el Asia-Pacífico (FTAAP) que no fructificó, y ya en el crepúsculo del gobierno del presidente Bush. El representante comercial del gobierno anunció que los Estados Unidos se unirían a las negociaciones del grupo comercial llamado P-4, formado en el 2005 e integrado por Singapur, Chile, Nueva Zelanda y Brunéi bajo el paraguas del Acuerdo Estratégico Trans-Pacífico de Asociación Económica (*Trans-Pacific Strategic Economic Partnership Agreement*), que fue expandido a nuevos miembros en el 2007 transformándose en el *Trans-Pacific Partnership* (TPP). Los Estados Unidos

decidieron impulsar el TPP, que no contempla la inclusión de China, y la de Japón no ha sido decidida. El TPP se ha convertido en una de las estrategias del presidente Obama de lo que hemos ya señalado como la «liberalización competitiva» para tratar de revertir los flujos comerciales asiáticos que han dañado la economía estadounidense desde hace décadas y poder construir un marco para dinamizar sus exportaciones y generar más empleo. Por otro lado, el TPP reforzaría las regulaciones referentes a patentes, inversiones, contenidos de producción locales, para favorecer principalmente a las empresas de los Estados Unidos (Gallagher 2012).

Es posible, también, que el TPP sea una estrategia de carácter político, para evitar el desdoblamiento de la economía china en el futuro, tal y como aconteció con Japón cuando este país realizó grandes inversiones en el Sudeste Asiático construyendo plataformas exportadoras y sacando enorme provecho de su capacidad industrial y tecnológica. La alianza con Japón en esta materia prácticamente se encuentra intacta desde la posguerra, y lo mismo puede decirse con respecto a Corea del Sur.

Intereses estratégicos

Los soldados de Pacífico de Estados Unidos todavía suponen el grueso de ultramar al igual que hace cien años. Antes de los recortes impuestos por la administración Obama, el Pacific Command (PACOM) contaba con la friolera de 280.840 hombres, además de 75 buques de guerra, 35 submarinos y 1.679 aeronaves de combate¹. El teatro de operaciones del Pacífico había sido uno de los dos grandes escenarios de la Segunda Guerra Mundial. Tras este conflicto, los únicos enfrentamientos a gran escala en los que se vieron envueltos los Estados Unidos fueron Corea y Vietnam.

El tamaño de ese océano implicaba que el PACOM tiene responsabilidad sobre el 51 por ciento de la superficie de la Tierra así como casi el 60 por ciento de la población mundial. La zona recoge la tercera parte del comercio que los Estados Unidos mantiene con el Lejano Oriente, el estrecho de Malaca, que separa la península Malaya de la isla indonesia de Sumatra, es la vía marítima más transitada del mundo. El dominio de los islotes y archipiélagos tan abundantes en la zona puede permitir un mejor control de las rutas marítimas y aéreas trazadas en estas aguas y cielos. Japón, la tercera potencia económica del mundo, no puede ignorar que por esa vía recibe gran parte de las importaciones y el suministro energético que hace funcionar su industria. China no olvida que esa franja marítima es el flanco más endeble de su defensa (por mar llegaron las invasiones de Japón y de las naciones occidentales que precipitaron el país en una acentuada decadencia de la que aún no se ha recuperado del todo). A los abundantes recursos pesqueros existentes en numerosas áreas de estas aguas, hay que sumar la constancia de que en gran parte del subsuelo se acumulan importantes reservas de petróleo y gas, en su mayoría explotaciones potencialmente muy rentables que constituyen un factor añadido de estímulo para todas estas naciones emergentes que precisan con urgencia de recursos energéticos para nutrir más cómodamente sus necesidades.

La zona está cruzada por varias potencias nucleares a demás de China, incluyendo la amenazante Corea del Norte, el inestable Pakistán e India. El fundamentalismo islámico infesta los archipiélagos más grandes mientras que algunos de los más pequeños son estados fracasados como las islas Salomón. El combate contra el terrorismo islámico en la región acarrea el beneficio secundario de posicionar a los Estados Unidos en su estrategia de contención de China.

Conflictos territoriales

China actualmente mantiene una serie de importantes conflictos territoriales que demuestran su necesidad de traspasar sus fronteras, una estrategia necesaria para que su flota mercante y de guerra accedan a los océanos Índico y Pacífico. Dejando a un lado la problemática Taiwán-China, desde 2008 encarrilada en lo esencial por el sendero de la negociación en virtud del

¹ *Globalsecurity.org*

entendimiento fraguado en 2005 entre el PCCh y el Kuomintang (KMT), cuatro son los principales focos de conflicto que se desarrollan en estas aguas y que involucran a numerosos y poderosos actores, prácticamente la totalidad de los países ribereños siguiendo el esquema de Ríos (2013, pp. 142-146):

- La disputa por las islas Natuna. Situadas al sur de las islas Spratley, enfrenta a China e Indonesia y hoy por hoy se caracteriza por su baja intensidad. No obstante, no se debe ignorar que, al parecer, en sus cercanías se ubica uno de los yacimientos de gas más importantes del mundo. Actualmente esos recursos están siendo explotados por Indonesia en colaboración con la compañía norteamericana Exxon.
- La disputa por las islas Paracel (Xisha en chino). Están situadas enfrente de la isla de Hainan, una de las primeras zonas económicas especiales de China. Se disputan su control China, Taiwán y Vietnam. En realidad, ese grupo de pequeñas islas y arrecifes fue ocupado casi en su totalidad por China en tres fases: la primera en 1974, la segunda en 1988 y la tercera en 1991. En ellas construyó ya dos puertos (en las islas Woody y Duncan) y un aeropuerto (en la isla Woody). Para conseguir ocuparlas, China no escatimó medios. En 1988, su enfrentamiento con Vietnam causó 72 muertos y el hundimiento de tres barcos de Hanói. En la acción de 1991 se registraron otros 70 muertos y el hundimiento de otro buque. Las acciones militares de China coincidieron con un momento especialmente delicado para Vietnam, muy resentido de la fragilidad de sus relaciones con la antigua Unión Soviética (en 1988, un momento crítico para la perestroika y de reorientación de sus relaciones con los países asiáticos; y en 1991, en pleno proceso de desintegración de la URSS). China anunció en agosto de 2012 una nueva vuelta de tuerca con la creación del municipio de Sansha, en la disputada isla de Yongxing una de las más grandes del archipiélago². Pekín también expresó su firme voluntad de instalar aquí una guarnición militar. La decisión de establecer una ciudad en un área tan sensible muestra la plena disponibilidad para asumir el coste de la adopción de una medida unilateral que se produce después del fracaso de las negociaciones sobre la cuestión en el marco de la ASEAN y señala un precedente de lectura muy negativa respecto a otros diferendos semejantes. La cumbre de julio de 2012 de dicha organización en Phnom Penh, fue de hecho, la primera vez desde su creación en 1945 que finalizó sin una declaración conjunta pese a los numerosos esfuerzos en tal sentido de la presidencia camboyana, fiel aliada de Pekín³.
- La disputa por las islas Diaoyu (o Senkaku, como las denomina Tokio). Su ubicación geográfica se sitúa a unas 150 millas de Taiwán, a 200 de China continental y a 200 también de Okinawa. Enfrenta a Taiwán y China con Japón, quien ejerce el control de facto. Según el informe al Congreso (Lawrence 2013, p. 22), el interés de EEUU reside únicamente cumplir con el Tratado de Cooperación y Seguridad Mutuas, que incluye todas las áreas bajo administración japonesa.
- La disputa por las islas Spratley (Nansha, para los chinos). Es, con diferencia sobre las demás, la que conlleva una mayor complejidad debido a sus peculiares características y el elevado número de países implicados. Dos factores relativamente recientes agudizan la trascendencia de estos contenciosos. De una parte, la entrada en vigor de las modificaciones introducidas en las legislaciones nacionales para adecuar el ámbito de las aguas territoriales y de las llamadas zonas económicas exclusivas al nuevo derecho del mar adoptado por Naciones Unidas⁶. De conformidad con él, tanto China como Japón delimitaron la extensión territorial de estos conceptos. La ley china de 25 de febrero de 1992 incluye todas las islas en disputa y sus aguas adyacentes en el ámbito de su soberanía territorial. Algunas de estas zonas están actualmente bajo control de otros países como Indonesia, Filipinas o el propio Japón. Todos dirigieron entonces sus protestas contra Pekín por haber adoptado unilateralmente esta decisión y por incluir en ella la previsión de

² China's Newest City Raises Threat of Conflict in South China Sea, en <http://world.time.com/2012/07/24/chinas-newest-city-raises-threat-of-conflict-in-the-south-china-sea/#ixzz2D V9Zx9B4>.

³ Diferencias territoriales con China hacen fracasar la cumbre de la ASEAN, en <http://es.globedia.com/diferencias-territoriales-china-hacen-fracasar-cumbre-asean>.

recurrir al uso de la fuerza cuando lo estime oportuno para salvaguardar este espacio de toda incursión considerada ilegítima o no autorizada. Al reivindicar todos estos espacios territoriales, Pekín enviaba un claro mensaje de su escasa disposición a la negociación. El otro factor que puede actuar como catalizador de las crisis es la existencia de una creciente rivalidad por la adjudicación y el control de las concesiones para explotar los recursos petrolíferos y de gas existentes en esta agua y revelados en 1968 por la Comisión Económica de Naciones Unidas para Asia y el Medio Oriente.

Poderío militar chino

Desde el inicio de la reforma y apertura (1978), la defensa forma parte de las conocidas como cuatro modernizaciones (junto a la industria, agricultura y ciencia y tecnología). En los últimos años, a la par que han aumentado las capacidades económicas del país, China ha mejorado ostensiblemente sus equipamientos militares, en especial en los sectores aeronaval y aeronáutico, justamente en un contexto en el que todos los observadores multiplican su atención a las tensiones percibidas en su periferia marítima donde, precisamente, los nuevos navíos de combate y aeronaves de los que se dota el EPL encontrarían un empleo idóneo en caso de conflicto.

Los esfuerzos de modernización de la marina china, empresa iniciada ya en los años 80 por el almirante Liu Huaqing (miembro del Buró Político del PCCh hasta 1997), están a punto de dar sus frutos, al menos en lo que se refiere a la calidad de las dotaciones y el número de los equipos. En la última década, el presupuesto anual del EPL se ha disparado. Ahora, según el Pentágono, asciende a 90.000 millones de dólares, seis veces más que en 2000 (aunque muy lejos de los, aproximadamente, 650.000 millones de dólares de EE.UU.).

La política china de defensa persigue oficialmente tres objetivos esenciales: el mantenimiento de la seguridad de las fronteras terrestres y marítimas del país; la reconstitución de su perímetro nacional, es decir, la reunificación con Taiwán; y la lucha contra el terrorismo y el separatismo, en particular, en sus diversas formas de oposición en Xinjiang y Tíbet. A estos objetivos se suma una percepción cada vez más intensa de los intereses marítimos de China, tanto en el sudeste asiático como en el océano Índico.

El 25 de septiembre de 2012, en Dalian (Liaoning) se botaba el primer portaaviones chino, si bien su eficacia operativa no es completa ya que se considera una plataforma de entrenamiento y ensayo y no tanto de dispositivos habilitados para entrar en operaciones de combate. En breve se completará con dos o tres unidades más. Cabe señalar también que en agosto último entró en su fase final de construcción un nuevo destructor lanzamisiles de 6.000 toneladas de la clase Luyang III, que ha entrado en servicio recientemente, aumentando así las capacidades de la marina china.

Fuentes taiwanesas⁴ aseguran que otras 10 embarcaciones más se encuentran en fase de construcción junto a dos portaaviones, evidenciando una aceleración del programa de aumento generalizado de las capacidades de la construcción naval china. Antes de 2020, Pekín podrá contar, pues, con un número de dotaciones que le convertirá en la segunda marina de la zona, tras EE.UU., con una flota moderna (que incluye catamaranes, fragatas antiaéreas, submarinos clásicos y submarinos nucleares) y una capacidad disuasiva notablemente mejorada. En el ámbito de la aeronáutica, también proliferan las mejoras dotacionales y los progresos tecnológicos con especial atención al diseño de aparatos de patrulla marítima. China ha incorporado nuevos helicópteros de ataque como el Z-19 fabricado en Harbin o el WZ-10 y los cazas J-15. Al interés por los drones se suman avances en la elaboración de dispositivos completos de vigilancia, detección, adquisición y ataque, así como de aviones furtivos. Cabe señalar, por otra parte, que la estrategia china viene multiplicando de forma sostenida la financiación destinada a la investigación. El elenco se completa con el impulso a su propio sistema de navegación, el *Beidou*, con una red que comportará un total de 35 satélites operativos en 2020.

⁴ The World Factbook, <https://www.cia.gov>

El creciente poderío militar chino ha conducido a la elaboración de una estrategia para la arquitectura de seguridad en el Este de Asia, la que se estructura en dos regiones geográficas bajo el mando conjunto del PACOM. La del noreste, con bases militares de los Estados Unidos en Japón,

Corea del Sur y Guam. El sector del sudeste estaría integrado por bases en Australia, Nueva Zelanda, Papua Nueva Guinea y algunos países del Pacífico. Evidentemente, esta estrategia está destinada a irritar a China.

Interés estratégico norteamericano

El segundo mandato de la administración Obama ha enviado señales claras de que la región de Asia-Pacífico constituye el nuevo gran espacio de interés estratégico para los EE.UU. Los esfuerzos se centran en conseguir un reequilibrio en las relaciones económicas, comerciales y estratégicas en un área que supone el primer mercado de consumo mundial. La seguridad es el objetivo principal, sobre todo pensando en el hecho de que esta es la primera vía comercial del mundo. Por lo que las viejas alianzas se están reforzando en forma de nuevos acuerdos comerciales y de asistencia mutua lo que incluye a aliados tradicionales como Japón, Corea del Sur o Australia así como las potencias emergentes poniendo especial atención en India, un poder reequilibrador de primera importancia.

La respuesta a estas nuevas necesidades ha sido el desarrollo del concepto de Air-Sea Battle (ASB), que ha empezado a debatirse en los medios especializados y académicos, Rodríguez, Turmo y Vara (2013, pp. 5-10). El intervalo que hay entre un análisis teórico y un plan estratégico a veces es demasiado tenue, y en este sentido todavía es pronto para poder saber si realmente estamos ante un cambio de fondo en la estrategia global de EEUU o ante un simple análisis de escenarios. En cualquier caso, las necesidades armamentísticas y logísticas que se desprenden de estos análisis exceden con mucho la capacidad actual de las fuerzas norteamericanas desplegadas en aquella zona. El concepto ASB es una actualización del ALB (Air Land Battle) desarrollado para el teatro de operaciones centroeuropeo durante los años 70. En este caso, el objetivo genérico sería contrarrestar las estrategias del tipo *anti-access/area denial* A2/AD, aunque a nadie se le escapa que es bajo el que se engloba el pensamiento táctico y estratégico del Ejército de Liberación de China. La estrategia A2/AD la define el Departamento de Defensa norteamericano como la capacidad para impedir que las fuerzas aliadas accedan al escenario del conflicto (*anti-access*), o que operen con facilidad en zonas donde no se les puede denegar el acceso (*area denial*). Esto implica un cambio conceptual radical para el modo en que han operado en sus despliegues las fuerzas estadounidenses en el último medio siglo. En general, han dispuesto de bases seguras en el terreno y libre acceso a las aguas territorial de las zonas de conflicto, desde las cuales aclimatar a los efectivos desplegados y preparar los objetivos con total seguridad. La estrategia A2/AD impediría un despliegue de estas características, con la particularidad de que en el teatro de operaciones del Pacífico Occidental no hay bases seguras y que la base operativa del despliegue la tendrían que realizar de forma conjunta la Armada y la Fuerza Aérea. El ASB, conceptualmente, tiene como objetivo asegurar que las fuerzas estadounidenses dispongan de libertad de acción dentro del teatro de operaciones del Pacífico Occidental.

El desarrollo de un proyecto semejante, que en definitiva concedería a Estados Unidos la capacidad de atacar objetivos en el interior de China, requiere grandes inversiones centradas en el desarrollo tecnológico de nuevos sistemas de armas. Inversiones que, dado el actual contexto macroeconómico, no podrían llevarse a cabo a corto -ni previsiblemente a largo plazo-, de no producirse importantes cambios en el presupuesto federal, habida cuenta que el presupuesto del Departamento de Defensa se ha reducido un 21% desde 2010. Mientras, China basa su estrategia en sistemas de armas sofisticados, pero de bajo coste, con el fin de mantener el control sobre sus aguas territoriales y servir de contrapeso al conjunto de bases norteamericanas que rodean sus -hasta ahora principales zonas de interés, los mares Oriental y Meridional de China. La estrategia A2/AD (*anti-access/anti-denial capabilities*), tiene como objetivo disuadir a Estados Unidos de intervenir en esta área de influencia, debido al elevado coste material y humano, siempre con un reducido coste para China. Con estos planteamientos estratégicos, y dada la situación actual y previsiblemente futura de

ambas economías, China puede permitirse un crecimiento mucho más rápido que EEUU en el desarrollo y despliegue de su capacidad de disuasión en las zonas de tensión territorial.

Gastos militares

Podemos comenzar con la evolución de la cifra de gastos militares sobre el PIB, como representativa del esfuerzo que el país realiza en este campo. Según cifras del Instituto Internacional de Investigación por la paz de Estocolmo, el gasto militar en China en porcentaje del PIB osciló entre el 1,8% y el 2,2% de 1998 a 2002, en torno al 2,1% entre 2003 y 2007 y en torno al 2% entre 2008 y 2012. El gasto militar de Estados Unidos en porcentaje del PIB se incrementó del 3,1% al 3,4% de 1998 a 2002, del 3,7% al 4% entre 2003 y 2007 y del 4,4% al 4,7% entre 2008 y 2012. Según *World Military Strength Comparison* el presupuesto militar de Estados Unidos en 2012 era de 689.000 millones de dólares, mientras que el de China era de 129.000 millones. Los ejércitos de ambos países tienen en torno a los tres millones de efectivos, aunque en el de Estados Unidos la mitad son activos y la otra mitad está en la reserva. En China los militares activos son dos millones doscientos mil y el resto se clasifican como reservistas.

Estos datos muestran que el ejército de Estados Unidos utiliza una parte proporcionalmente más grande del Producto Interior Bruto, además creciente, mientras que en China no es así. El matiz imprescindible es que, dado que la economía China ha venido creciendo a tasas cercanas al 10% durante veinte años, y la de los Estados Unidos a una tasa media del 3%, el peso absoluto del gasto militar en China ha crecido también bastante. Las cifras del gasto militar actual muestran que es cinco veces superior en los Estados Unidos con respecto a China. Pero deben ser analizadas con cautela, porque la asignación de partidas al gasto militar está muy clara en Estados Unidos, mientras que en China la clasificación que se hace puede enmascarar como gasto civil el que realmente es militar. Aún contando con ese detalle, el gasto militar norteamericano es bastante superior y determina el balance de fuerzas que hay entre un país y el otro.

En esta situación, el planteamiento inicial del proyecto ASB por parte de EEUU necesariamente pasa porque el gap de capital e innovación entre ambas fuerzas armadas aumente de forma suficiente como para que China lo considere un elemento suficientemente disuasorio. La cuestión clave para nuestro análisis es si Washington está en condiciones de abordar este esfuerzo de carácter eminentemente económico con éxito, teniendo en cuenta que ampliar ese gap supone que la inversión estadounidense en tecnología de defensa debe crecer significativamente más que la china.

Cuadro 1: Población, producción y Balanza por Cuenta Corriente de EE.UU. y China entre 2000 y 2012.

AÑO	Población de los EE.UU	Población de China	PIB EE.UU	PIB China	Cuenta corriente. EE.UU	Cuenta corriente. China
2000	284	1.280	9.898	1.200	-416	20,5
2005	298	1.318	12.564	2.260	-745	132
2012	317	1.377	15.684	8.230	-677*	420*

Fuente: Fondo Monetario Internacional

El futuro

El viejo océano Índico cruzado periódicamente por los vientos monzónicos se está configurando como un nuevo universo multicultural apoyado en las inversiones chinas, una cosmópolis comercial indo-musulmana en la que China tiene un importante papel catalizador. En un futuro cercano, las rutas comerciales entre la India, Bangladés, Birmania y China quedarán completamente expeditas, estableciéndose unos vínculos entre las grandes y pequeñas potencias tan dinámicos como llenos de tensiones.

El desafío para los Estados Unidos no será tanto el ascenso de China como el problema de establecer una comunicación fluida y fundamental con los estados y civilizaciones emergentes de Asia y África ribereñas del gran espacio índico. Mientras el poder militar estadounidense se ve limitado por sus problemas presupuestarios, una China está indicando que quiere alzarse militarmente de modo responsable. La expansión de su armada y la influencia que ejerza esta está lastrada por los conflictos territoriales que a la postre constriñen el acceso de la nueva superpotencia a las aguas por controlar. En la actualidad, las armadas estadounidense y china compiten silenciosamente en un tablero de juego donde se disputan las posiciones entre la Primera Cadena de Islas mientras que la India y China compiten por las rutas marítimas y la influencia sobre los estados ribereños índicos. La relación entre China y los Estados Unidos no tiene por qué ser observada y entendida como un antagonismo que lleve a un choque de trenes. Ambas potencias, para ser reconocidas plenamente deberán aspirar ser consideradas legítimas por los millones de personas que habitan esta zona del mundo.

El sistema global del siglo XXI necesita de una íntima colaboración bilateral entre China y Estados Unidos en la que la transparencia sea la piedra de toque. Zen He, el marino chino del siglo XV tuvo la clave en sus manos y la comprendió: el comercio. Estados Unidos debería tomar nota de este explorador de la dinastía Ming que consideraba la actividad militar como una expresión no sólo del poder duro, sino como también del poder blando con el que ayudar a proteger los bienes comunes globales y el sistema comercial para el beneficio conjunto. El poder estadounidense en la zona sólo se preservará si no deja pasar la oportunidad de ser identificado como un factor beneficioso para el mundo índico. Como señala Kaplan (2012, pp.452-453) quizás el nuevo orden que surja en el siglo XXI nada tenga que ver con los antiguos imperios de la Guerra Fría, y en realidad nos estemos encaminando a una realidad multipolar que se solapa en áreas de influencia cuyo mejor ejemplo es el océano Índico.

Bibliografía

- Boot, M.: *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Raise of American Power*, Basic Books, Nueva York, 2002.
- Bracke *et al.*: “A Framework for Assessing Global Imbalances”, *ECB Occasional Paper Series*, 78.
- CIA: *The World Factbook*, <https://www.cia.gov>, 2014.
- “China’s Newest City Raises Threat of Conflict”, *South China Sea*, en <http://world.time.com/2012/07/24/chinas-newest-city-raises-threat-of-conflict-in-the-south-china-sea/#ixzz2DV9Zx9B4>.
- Clinton, H: “America’s Pacific Century”, *Foreign Policy*, Noviembre, 2010.
- Departamento de Defensa: *Air Sea Battle: Service Collaboration to Address Anti-Access & Area Denial Challenges*, <http://www.defense.gov/pubs/ASB-ConceptImplementation-Summary-May-2013.pdf>, 2013
- Dorrucci, Pula y Santabárbara: “China’s Economic Growth and Rebalancing”, *ECB Occasional Paper Series*, 142, 2013.
- Edwards, S.: “Financial openness, sudden stops and current account reversals”, *NBER Working Paper* 10277, <http://www.nber.org/papers/w10277>, 2004.
- Etzioni, A.: “Who Authorized Preparations for War with China?” *Yale Journal*, 12 de junio, 2013.
- Gallagher, K. P.: “Not a Great Deal for Asia”, *The American Prospect*, 13 de marzo, 2012
- Harrison, T.: “Defense Cuts Conundrum: Weighing the Hard Choices Ahead” <http://www.csbaonline.org/2013/09/29/defense-cuts-conundrum-weighing-thehard-choices-ahead>, 2013.
- Kaplan, R. D.: *Monzón: Un viaje por el futuro del océano Índico*, El hombre del 3, 2012.
- Karnow, Stanley: *In our image: America’s Empire in the Philippines*, Random House, Nueva York, 1989.

- Lawrence, S.: “US-China Relations: Policy Issues”, *CRS Report for Congress*, June 14, 2013.
- McAllister Linn, B.: *Guardians of Empire: The U.S. Army and the Pacific, 1902-1940*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1997.
- Rios, X.: “La crisis en los mares de China. Implicaciones geopolíticas y en materia de seguridad”, *Panorama estratégico*, 2013.
- Risso, P.: *Merchants & Faith: Muslim Commerce and Culture in Indian Ocean*, Westview, Boulder, Colorado, 1995.
- Rodríguez García, A.; Turmo Arnal, J. y Vara Crespo, O.: “El efecto de los desequilibrios económicos globales en la estrategia militar de los Estados Unidos y China”, *Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 2, 2013.
- Van Tol, J. *et al.*: *AirSea Battle: A Point-of-Departure Operational Concept*, CSBA, <http://www.csbaonline.org/publications/2010/05/airsea-battle-concept/>, 2010.
- Welch, R. C.: *Response to Imperialism: The United States and the Philippine-American War, 1899-1902*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979.
- World Military Strength Comparison*, <http://www.globalfirepower.com/>.